

Semblanzas contemporáneas

Manuel de la Revilla

Luis Simarro se dio a conocer en la sociedad madrileña con motivo de los debates en el Ateneo del curso de 1875. Allí se reveló como pujante defensor del positivismo frente al vacilante eclecticismo y al ya desfasado Krausismo. De esta irrupción tomó buena nota Manuel de la Revilla, que había asumido la tarea de colaborar con José del Perojo en la tarea de renovación del panorama intelectual español.

Manuel de la Revilla y Moreno (1846-1881) cursó los estudios de licenciatura y doctorado en Filosofía y Derecho en la Universidad de Madrid. Se alineó en principio con el Krausismo, para luego abandonarlo e integrarse en el movimiento neo-kantiano impulsado por José del Perojo con su Revista Contemporánea, desde la que se promovió la introducción en España de la psicología experimental. Fue catedrático de Literatura General en la Universidad de Madrid y se convirtió en uno de los críticos literarios más influyentes de su tiempo, manteniendo sonadas polémicas con Clarín, con la Pardo Bazán o con Menéndez Pelayo, entre otros.

Revista Crítica

... Esta transformación de las condiciones del debate, esta acertada dirección dada á la tendencia positivista débese en nuestro juicio a un joven orador que se ha colocado desde luego al frente de la escuela y ha conquistado en pocos días las simpatías del Ateneo. Este orador es el Sr. Simarro. Hombre de espíritu verdaderamente filosófico, de vasta cultura, de amplias aspiraciones; talento que reúne en sí la penetración delicada de Stuart Mill y las elevadas miras de Herbert Spencer, al buen sentido y al intencionado gracejo de Voltaire; hijo de la enciclopedia vigorizado por las robustas enseñanzas del siglo XIX; fantasía viva y pictórica que sabe encarnar en gráficas metáforas, ingeniosas comparaciones y razonados chistes las más obtusas concepciones de la ciencia; orador vehemente, ameno, dado a la paradoja y a la sutileza, sarcástico é intencionado, pero no elocuente, el Sr. Simarro es una de las inteligencias más poderosas con que cuentan las nuevas ideas y uno de los jóvenes de mayores esperanzas que se han presentado en el Ateneo. El, ayudado por un fisiólogo tan eminente como el Sr. Cortezo y por jóvenes tan instruidos como los Sres. Camó y Ustáriz, está sosteniendo el peso de estos debates y dando no poco que hacer a sus adversarios, por más que entre ellos se cuenten inteligencias tan privilegiadas como los Sres. Moreno Nieto y González Serrano.

(*Revista Contemporánea*, 1875, tomo I, 2(2), p.247)

Leopoldo Alas (Clarín)

Leopoldo Enrique García-Alas y Ureña (1852-1901) fue escritor, periodista y catedrático en las universidades de Zaragoza y Oviedo. Crítico literario tan respetado como temido y odiado, en su faceta de novelista destaca su obra "La Regenta", una de las cumbres de la literatura en la España de la Restauración. Cuando el joven Clarín escribe esta crónica de los debates del Ateneo en torno al tema "Ideal político de la Raza Latina", se encuentra en Madrid, tras sus frustradas oposiciones en la Universidad de Salamanca, dedicado a la crítica literaria y periodística. Su nombre es ya respetado y temido en los círculos literarios. Devoto discípulo de Francisco Giner de los Ríos, había manifestado ya claramente su rechazo a la mentalidad científica positivista que Simarro representaba, lo que da aún más valor a los rendidos elogios que dedica al joven doctor.



Ateneo. Sección de Ciencias Morales y Políticas - Tema: “Ideal político de la raza latina” - Discurso del Sr. Simarro

Todos lo decían, aun algunos posibilistas: si el discurso que el Sr. Simarro pronunció anoche en el Ateneo lo hubiera oído un Congreso, el Sr. Simarro tenía hecha su reputación de orador hábil e intencionado sin rival.

Aunque paso con la memoria lista a todos los oradores parlamentarios de los que pudieran darse por aludidos en las palabras del joven médico ninguno encuentro, a pesar de que los hay tan hábiles y graciosos, que pudiera combatir con armas iguales la incisiva, poderosa, implacable elocuencia de Simarro.

Confieso que la cualidad que yo más aprecio es la originalidad; talento que no tenga este sello, puede infundirme respeto, ganar mi estimación profunda, pero no me entusiasma: pues bien, el Sr. Simarro me entusiasmó anoche y fue por eso, porque su ingenio es de los más originales, y las formas de su oratoria, originales como pocas.

Hay en la oratoria del Sr. Simarro elementos que no suelen ser patrimonio de los oradores de España, con haberlos tan eminentes. El joven de que trato ha sabido desechar muchas preocupaciones, y entre otras la del efecto retórico. Los de su elocuencia, que son infalibles, va a buscarlos al pensamiento, y a la exposición no le deja más papel que el de mostrar con claridad y energía lo que la idea guarda. Cuando habla Simarro, el oyente asiste a la interesante elaboración del discurso, parece que su alma tiene un cristal como cierto dios quería, y al través se puede ver la complicada maquinaria de aquel espíritu fuerte que ve tanto, que ve todos los lados de las cosas y que tan bien expresa lo que ve.

En el discurso de anoche estuvo el Sr. Simarro como nunca; logró manifestar todo el tesoro de gracia, de profundidad, de saber, de intención y habilidad que guarda en su cerebro, y el resultado no podía menos de ser un triunfo, y un triunfo excepcional.

Burla burlando y entre rasgos cómicos, dignos algunos de Luciano, Aristófanes o Voltaire, el Sr. Simarro expuso doctrinas de la más pura y legítima idealidad, no esa idealidad nebulosa, sentimentalesca y vaga que tanto usan algunos pensadores. Del Sr. Simarro se ha dicho que es positivista, pero su pensamiento no debe ser encerrado en clasificación alguna de escuela: libre y genial estudia, medita y merced a su poderosa facultad de observación juzga con criterio seguro, y se atiene a un *realismo* que no es menos contrario a las filosóficas negativas de muchos materialistas dogmáticos que a los sueños teosóficos.

Del discurso de anoche hablaré mañana, porque merece artículo especial y examen detenido; aquella crítica acerada de la política débil de lo que hoy se llama

posibilismo, aquel noble alarde de la más sana y clásica idealidad, son asunto que con gran placer he de tratar despacio¹. Hoy me falta tiempo y concluyo con declarar al Sr. Simarro que su oración de anoche me hizo ver, si no el ideal de la raza latina, algo muy próximo al ideal del orador de su género, a lo menos según lo concibe su admirador y amigo, y sin duda *correligionario*. Clarín

(*La Unión*, sábado 17 de enero de 1880)

José de Castro y Serrano

En 1885 José de Castro y Serrano rememora en las páginas de La Ilustración Española y Americana una visita al joven Dr. Simarro en Leganés. Luis Simarro fue médico del Manicomio de Santa Isabel de Leganés entre 1877 y 1879, cuando abandonó el cargo, hastiado de las presiones del estamento religioso para limitar sus investigaciones anatomo-patológicas.

José de Castro y Serrano (1824-1896) oriundo de Granada, cursó los estudios de Medicina en esa capital, aunque nunca ejerció. En su juventud formó parte de la llamada "cuerda granadina", grupo de literatos liberales entre los que se contaban Pedro Antonio de Alarcón o Manuel del Palacio. Se trasladó a Madrid para dedicarse al periodismo y la literatura. Colaboró en algunos de los principales medios de la época: La América, La Ilustración Española y Americana, La Época, El Observador o El Crítico, entre otros. Cronista de las exposiciones universales de Londres, París y Viena, fue académico de la Lengua y de la de Bellas Artes de S. Fernando. Cultivador de un costumbrismo elegante, se le considera también uno de los pioneros de la literatura gastronómica en España

Dolores

Nunca hemos tenido afición a visitar las casas de locos. En nuestros viajes por el extranjero no quisimos jamás que los franceses nos llevaran a Bicêtre, ni los ingleses á Betlan, ni los austriacos á Irrenhaus, que son los primeros manicomios de Europa. ¿Cómo habíamos de sentir afán por visitar el nuestro de Leganés, que es uno de los más humildes de su clase? Y sin embargo, en cierta ocasión estuvimos allá. Debiose este contrasentido á que por entonces dirigía el establecimiento un joven médico con quien sosteníamos afectuosa correspondencia por su mucho saber, sus virtudes profesionales y la abundancia y cultura de su imaginación. El Dr. Simarro, que es la persona aludida, había escogido por amor al estudio ese

¹ Este anunciado artículo, hasta donde sabemos, no vio la luz.



puesto difícil y poco glorioso, abandonando uno muy honorífico de Madrid y comprometiendo los intereses de su ya respetable clientela. En Leganés observaba y procuraba encauzar las enajenaciones de sus compatriotas; en Leganés escribía artículos o componía discursos que pronto le valieron justo renombre, y de Leganés partió para París en busca de mayores conocimientos frenológicos, que, adquiridos a gran costa, le han proporcionado a la vuelta el figurar entre los primeros alienistas de España. Excusado es decir que las ilusiones del doctor eran hablarnos de demencias y desvaríos; pero afortunadamente para nosotros no había por aquel tiempo en la casa ejemplares extraordinarios, de esos que hacen amar el estudio de la enajenación...

(*La Ilustración Española y Americana*, 1885, suplemento al n. XXXVI, p. 194)

Nicolás Salmerón y García

En 1897 Nicolás Salmerón y García dibuja en las páginas de la revista Germinal la silueta intelectual de Luis Simarro, figura polifacética que ya se ha consagrado en la escena madrileña con toda su complejidad de científico, activista y sarcástico polemista.

Nicolás Salmerón y García (1864-1933) fue político, periodista y escritor. Hijo de uno de los presidentes de la I República, Nicolás Salmerón, fue elegido diputado durante la II República por el Partido Republicano Radical Socialista. La revista *Germinal* se publicó entre 1897 y 1899, fundada por Joaquín Dicenta. Se caracterizó por su tono progresista y de rebeldía ante la sociedad de su tiempo, en sintonía con el espíritu del 98.

Siluetas de contemporáneos. Luis Simarro

Huir de la vulgaridad en estos rápidos apuntes, trazados al correr de la pluma, no es fácil empresa ni llano intento; revelar un carácter, bosquejar un talento intelectual tan complejo y sutil como el de Simarro requeriría una educación mental tan objetiva como la de él mismo y un hábito de observación psicológica tan fino y perspicaz como el del sabio médico y experimentador cuyo retrato aparece hoy en las columnas de *Germinal*.

El espíritu meridional de los españoles juzga, por lo común, de hombres y cosas con la ligereza propia de impresionismos del momento, o acepta, sin vacilación ni examen, el juicio ya formado por la generalidad y concretado en el rótulo que a cada cual le ponen, según la posición social que ocupa, o el círculo de sus relacio-

nes, o la opinión pública y la prensa. Alcanza con menos esfuerzo popularidad y logra más fácilmente notoriedad entre la masa social el nombre de un poeta, de un artista, aun mediocre y huero, que el de un sabio modesto y laborioso: la obra del artista, más rápida en sus efectos, más al alcance de la comprensión de las masas, seduce y cautiva al pronto, mientras que la labor del sabio, lenta y circunspecta en su preparación, callada y oculta á los ojos de una curiosidad necia, cuando no malsana, sólo es apreciada entre el reducido círculo de inteligentes y entendidos, hasta que trasciende a la sociedad entera en forma de beneficio general, sólido y duradero. Y en España quizá más que en país alguno es de notar este fenómeno: la vida nacional entera dirige los espíritus educados en la literatura y el arte, mientras la ciencia vegeta lánguida y pobremente, falta de ambiente social, de estímulo remunerador y de gloria callejera y periodística.

Afortunadamente, el mérito indiscutible de Simarro ha logrado abrirse camino aun en medio de la indiferencia con que aquí se miran las cosas y los hombres de ciencia. Sus trabajos de investigaciones histológicas han inspirado el hermoso cuadro de Sorolla de la Exposición de Bellas Artes y sus lecciones del pasado curso en la cátedra de estudios superiores del Ateneo fueron escuchadas por numeroso y entendido público que admiraba los profundos conocimientos de Simarro en psicológica fisiológica. Como médico su clientela es numerosísima y á él acuden con verdadera fe multitud de enfermos que se hacen lenguas de su saber asombroso, adquirido en fuerza de serios y constantes estudios y aquilatado por unos de los talentos más claros y originales de nuestro país.

Simarro parece un inglés por su espíritu frío, su calma, su burlón e ingenioso escepticismo, su circunspección científica y su amor por la paradoja, pero es un levantino, de alma de artista, algo dibujante –su padre fue un pintor de mérito– enamorado de la belleza y de la forma, de ingenio vivo, pronto, con algo de lo *primesautier* del provenzal.

Muy mozo aún, llegado a Madrid desde Valencia –donde nació y empezó ya á revelar sus excepcionales dotes de entendimiento, alcanzando éxitos asombrosos en sus estudios académicos hasta el punto de que los frailes que le educaban se complacían en discutir con él, niño aún, complicadas cuestiones de teología– escribió en *Los Lunes de El Imparcial* un precioso artículo titulado *Almacén de opiniones hechas*², una sátira finísima de un humorismo delicado y malicioso de un ingenio verdaderamente original y fresco en que criticaba la estulta pretensión de los polluelos literatos que en las mesas de café alardean de saber de todo y estar

² Sobre este artículo de Simarro puede consultarse Bandrés, J. y Bandrés, A. (2019). Satanismo, daltonismo y otros temas: algunos textos breves del Dr. Simarro. *Revista de Historia de la Psicología*, 40(2), 54-6.



en posesión de la última palabra en todo lo que abarca el pensamiento y el hacer humano. En una mesa hablaban de religión: unos negaban a Dios otros creían en él; quién protestaba contra los dogmas y demostraba su falsedad, y cuál tronaba contra el racionalismo; en otra mesa se hablaba de ciencia, de literatura de arte, de los sistemas de moral, de la concepción del mundo y de la vida: unos mostrándose optimistas, otros pesimistas, otros escépticos, allá románticos, y él, Simarro, llegado de la provincia, se quedaba estupefacto oyendo todo aquello y llegaba a tenerse lástima por su ignorancia que todavía no le consentía proclamar opiniones concretas sobre asuntos de tanta importancia. Mas encontró el secreto de aquella precoz omnisciencia en un caserón de la calle de la Montera –el antiguo Ateneo– donde halló un excelente y abundantemente provisto *almacén de opiniones hechas* á gusto y medida del que deseaba pasar ante el mundo por el hombre avisado que no necesita estudiar ni meditar sobre nada para tener opiniones sobre todo.

Más tarde intervino en las discusiones del Ateneo, revelando gran suma de sólidos conocimientos, desenvoltura é ingenio extraordinarios, originalidad paradójica, dialéctica contundente y precisa que causaba la desesperación de Moreno Nieto á quien muchas veces dejaban cortado y sin alientos las réplicas vigorosas, vivas, originalísimas, á la vez que de una precisión científica absoluta, con que Simarro –un joven desconocido– le salía al paso.

Hastiado Simarro del escenario mezquino que proporciona el medio ambiente en España y para refinar y completar su cultura, marchó á París, donde residió algunos años, llevando una vida de verdadero estudiante, siguiendo con asiduidad los cursos y los trabajos de laboratorio de eminencias médicas, entre ellas Ranvier, y allí pudo su espíritu observador, sagaz, siempre abierto al examen objetivo de la realidad, fortalecer y vigorizar convicciones e ideales que –a pesar de su escepticismo algo mundano– están profundamente arraigados en Simarro.

Es, a fuer de médico y hombre de ciencia, librepensador convencido y republicano entusiasta. Milita en el partido centralista, hoy disuelto, y sus leales amigos lamentamos que, ya por exigencias de su profesión, ya, más bien quizá, por cierto egoísmo positivista, no tome Simarro más activa parte en la política, tan necesitada en nuestro país de hombres de entendimiento sano y vigoroso que sustituyan á los retóricos impotentes y agotados que han encerrado la vida nacional en el mezquino horizonte de la tradición y la rutina.

Hay algo en Simarro del *struggle for life*, mezcla del positivismo utilitario de Bentham y del darwinismo extremado de Haeckel; las especulaciones puramente abstractas de la metafísica y la ética, no pueden satisfacer su modo de ser, esencialmente objetivo y práctico, que halla campo adecuado á su actividad intelectual en

el estudio de las Ciencias naturales y psicofísicas en las cuales Simarro es un maestro consumado.

Pesimista y escéptico, Simarro, que conoce las imperfecciones humanas, desconfía de todas las grandes palabras de justicia, redención, socialismo, libertad, y reconociendo las limitaciones que la naturaleza impone al hombre, no acepta las que el Estado le señala. En teoría, Simarro es un anarquista.

Y es, sobre todo, un talento claro, preciso, científico, observador, objetivo... y paradójico. La paradoja definirá cualquiera enciclopedia; es una proposición contraria á la opinión común, que sea ó no verdadera; en la apariencia, nada más sencillo en el fondo, nada más complejo ni más indefinido; una palabra que expresa á la vez las grandes audacias del espíritu adivinador las ideas atrevidas, los descubrimientos en que empieza á soñarse, los puntos de vista originalísimos ó bien las ideas-fenómenos, las extravagantes exageraciones, las máximas insostenibles, las aserciones fantásticas y el sofisma y el eterno error.. Una palabra... y esa palabra es un mundo...

(*GERMINAL*, viernes 18 de junio de 1897, año I, n.7, p.1)

Joaquín Sorolla

Joaquín Sorolla, el maestro del impresionismo español e íntimo amigo del Dr. Simarro, comenta en esta nota de la revista Blanco y Negro el lienzo “Una investigación”, también conocido como “El Doctor Simarro en el laboratorio”, obra exhibida en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897 y, todavía en vida de Simarro, en Berlín, Londres y Valencia. Actualmente se encuentra en el Museo Sorolla de Madrid. <https://www.culturaydeporte.gob.es/msorolla/colecciones/colecciones-del-museo/pintura/una-investigacion.html>

Una investigación

La historia de este cuadro, si historia puede llamarse, es tan natural y sencilla, que está dicha en cuatro palabras.

Llevaba yo entre manos el retrato del Dr. Simarro en su laboratorio (cuadro que por cierto figura también en la Exposición actual), y con este motivo frecuentaba la casa del doctor mi paisano y asistía como espectador curioso a las investigaciones científicas á que el doctor se dedica con la entusiasta y asidua cooperación de sus colegas y discípulos. Bien sé yo que no es cosa frecuente esto de que el pintor vaya a casa de la persona a quien ha de retratar, mas yo tengo el estudio como pieza de respeto, de la cual hecho mano sólo en último e irremediable extremo. A ser posi-



ble, pinto las cosas donde están y las personas en su círculo, en su propia atmósfera, única manera de que al pintarlas salgan como son, con toda naturalidad, con toda intimidad, y no como en visita y en artificial ambiente.

Firme en esta idea, trabajaba, como digo, en el laboratorio del Dr. Simarro, donde la ciencia vive siempre y el Arte era no más que un forastero que procuraba molestar lo menos posible. Una noche el doctor, rodeado de sus compañeros, hacía ante el microscopio delicados estudios de embriogenia. Había partido varios huevos de gallina sin encontrar en su interior los fenómenos que buscaba, cuando de pronto llamó la atención de sus discípulos y camaradas, que se agruparon ansiosamente para observar la función o el fenómeno, encontrados al fin.

Aquel grupo de cabezas inteligentes, ansiosas de saber, reunidas sobre el microscopio y heridas por la luz artificial, que iluminaba al propio tiempo todo un arsenal de aparatos, frascos y reactivos, me impresionó agradablemente, sugiriéndome la idea del cuadro, que empecé a pintar en seguida.

Y no hubo más. Terminado el retrato del doctor, seguí yendo á su laboratorio para pintar el grupo de noche y a la luz de un mechero Aüer sobre un aparato de gas. Todos trabajábamos en el laboratorio: ellos, abstraídos en sus investigaciones, sin preocuparse poco ni mucho de mi persona; yo, ajeno por mi parte á sus trabajos científicos, y sólo preocupado de las líneas, luces y colores de sus rostros, y en general de sus figuras.

Del efecto que el cuadro hiciera a la luz del sol, no quería ocuparme hasta el final. El lienzo no salía del laboratorio; yo le hacía mi acostumbrada visita nocturna, y puede decirse que desde casa del Dr. Simarro ha ido a la sala de la Exposición donde hoy figura.

(*Blanco y Negro*, año VII, n. 318, 5 de junio de 1897)

Antonio Flores de Lemus

Antonio Flores de Lemus (1876-1941), comenzó sus estudios de Derecho en la Universidad de Granada, pero se trasladó a Oviedo donde se integró en el círculo krausista. Tras estudiar en Tubinga y Berlín, se convierte en 1904 en catedrático de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad de Barcelona, donde impulsa una metodología matemática y estadística. En 1920 se hace cargo de la cátedra de Economía Política de la Universidad Central. Alterna su actividad docente con numerosas responsabilidades gubernamentales e impulsa la modernización de los estudios universitarios de Economía. Tras la guerra civil es separado de su cátedra, aunque recurre argumentando su adhesión al nuevo régimen y su supuesta actividad clandestina en

contra del gobierno republicano desde el Ministerio de Hacienda. Falleció a los pocos meses y cinco años después se ratificó su separación de la cátedra.

En esta carta a Francisco Giner de los Ríos, Flores de Lemus relata una entrevista con Simarro en Alemania, en la que el economista constata sus crecientes discrepancias con la mentalidad filo-británica propia del institucionismo.

Carta a Francisco Giner de los Ríos

Mi señor y maestro: ayer al volver del seminario me encontré con la grata nueva de que el Sr. Simarro y su Señora se encontraban en Heidelberg y me traían visita de V. según rezaba la tarjeta que tuvieron la bondad de dejarme sobre la mesa. Fui al Hotel y me recibió su Señora: el Sr. Simarro estaba en casa de uno de estos profesores; esperé mucho tiempo porque no quería dejar de verle, pero temiendo molestar demasiado pensé en ir a encontrarlos a la estación hoy antes de que se partiesen.

Fíjese V. cuál no sería mi sorpresa cuando esta mañana mi Wirtin (*casera*) me despierta del sueño dominguero de estudiante alemán que tiene su Kneipe (*taberna*) el sábado por la noche con el aviso de que los Herrschaften (*señores*) estaban esperando: tanta galantería se puede encontrar solamente en VV., los ingleses del Mediodía que valen más que los del Norte. Subimos a la MolKentur y bajamos a la población por el celeberrimo Heidelberg Schloss que ya conocían los Sres.

Para mí ha sido un rato delicioso: hablamos mucho... sin entendernos; el Sr. Simarro, médico-sicólogo, un entusiasta del individualismo democrático (*cum grano salis!*) americano, y yo, economista neo-mercantilista, imperialista, militarista a la Prusiana! Él muy partidario del espíritu científico libre inglés; y yo decidido por el geschulteten Gelerhrten (*erudito investigador*) alemán; él mirando a los alemanes un poco a lo carneros de Panurgo, y yo creyéndolos los más gründlichen und gewissenhaften Forscher (im Grossen und Ganzen) (*metódicos y concienzudos investigadores –en conjunto, en general–*) por la tendencia nativa de esta raza a la objetividad en todo, y porque desde que abren su cerebro al pensamiento llegan a formar sus theoretischen Konstruktionen (*construcciones teóricas*) como Gebilde (*producto*) de investigación, y no a lo latino (a bulto y con reservas, natürlich! (*naturalmente*)) saltando de theoretischen Gebilden auf andere fertige Konstruktionen (*unas construcciones teóricas a otras acabadas construcciones*). Esta diferencia de apreciaciones fue para mí muy interesante –él siempre con el pensamiento de que yo llegaré a mirar las cosas de otro modo cuando suelte mi figurín germánico, y yo creyendo que él mudaría quizás algo sus opiniones si viviese un par de años entre los bárbaros del Norte. Y puede que entrambos tengamos razón.



Hoy se han partido para Leipzig donde piensan asistir al jubileo de Wundt. Fui a despedirles a la estación, sintiendo que tan poco tiempo pasaran aquí...

(Carta a Francisco Giner de los Ríos, 17-VIII-1902.

En *Antonio Flores de Lemus: años de formación universitaria*.

Correspondencia con Francisco Giner de los Ríos. Edición de José Miguel Fernández Pérez, 2006, Madrid: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, pp. 265-266)

Modesto Pérez Hernández (y Unamuno)

*“Julián Sorel” era el pseudónimo de Modesto Pérez Hernández, licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Salamanca, becario por oposición y premio extraordinario de licenciatura³. Tras una inicial devota admiración por Unamuno, se enemistó con el Rector al privarle este de su apoyo en la Junta de Colegios, de la que dependía económicamente el estudiante. Pérez se trasladó a Madrid, colaborando en medios como *El Día* y *El Heraldo de Madrid*. En la capital trabó amistad con Pío Baroja, notorio detractor de Unamuno, y se asentó como copista en la Real Academia de la Historia. En 1917 publicó en la editorial del cuñado de Baroja el volumen “*Los Hombres del 98. Unamuno*”, como primero de una proyectada serie que nunca llegó a materializarse. Unamuno montó en cólera por las anécdotas e intimidades sobre él que Pérez Hernández revelaba. En este texto comenta la visión que D. Miguel tenía de Simarro. Conviene recordar que el médico valenciano agitó una campaña de prensa para anular la condena a Unamuno por injurias al Rey y al Ejército.*

Los Hombres del 98. Unamuno

A quien no le regateaba Unamuno los elogios era a Simarro. “Es muy despierto, y sabe mucho de muchas cosas. De historia comparada de las religiones está enterado como pocos”.

Cuando Simarro publicó su libro acerca de la cuestión Ferrer, Unamuno, en un empacho de legalismo y de estatismo, derivados de fiebre de deseos de afirmación en el rectorado de la Universidad de Salamanca, que entonces desempeñaba, calificó dicho libro de desdicha de las desdichas.

³ Debo los datos sobre el autor al texto “Modesto Pérez (Julián Sorel), defraudado con Unamuno” de Severiano Delgado Cruz.



Después ha vuelto a elogiar a Simarro diciéndole en persona: “¿Verdad, D. Luis, que usted y yo somos los únicos españoles que leemos y somos capaces de entender a Avenarius, a quien, sin ayuda de diccionario, no aciertan a descifrar infinidad de alemanes?”

(*Los Hombres del 98. Unamuno*. Madrid: Rafael Caro Raggio, 1917, pp. 22-23)

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

D. Santiago Ramón y Cajal mencionó en varias ocasiones a Simarro en sus escritos, siempre reconociendo la deuda que tenía con él por haberle instruido en el uso del método de Golgi, base de sus investigaciones. Y todo esto a pesar de que sus relaciones se agriaron considerablemente con motivo de su pugna por una cátedra en la Universidad de Madrid. El primer texto de Cajal que ofrecemos es un fragmento de “Recuerdos de mi vida”, publicado en 1917, todavía en vida de Simarro. El segundo una carta de Cajal a Carlos María Cortezo, escrita tras la muerte de Simarro, en la que el Nobel español reitera su deuda con el médico valenciano.

Recuerdos de mi vida

Debo á L. Simarro, el afamado psiquiatra y neurólogo de Valencia, el inolvidable favor de haberme mostrado las primeras buenas preparaciones efectuadas con el proceder del cromato de plata, y de haber llamado mi atención sobre la excepcional importancia del libro del sabio italiano, sobre la íntima estructura de la substancia gris.

He aquí cómo fue ello: Merece contarse el hecho, porque sobre haber tenido importancia decisiva en mi carrera, demuestra una vez más la potencia sugestiva y dinámogena de las cosas vistas, es decir, de la percepción directa del objeto, en frente de la debilísima y por no decir nula influencia de estas mismas cosas, cuando a la mente llegan por las descoloridas descripciones de los libros.

Allá por el año de 1887 fui nombrado juez de oposiciones a cátedras de Anatomía descriptiva. Deseoso de aprovechar mi estancia en Madrid para informarme de las novedades científicas, púseme en comunicación con cuantos en la corte cultivaban los estudios micrográficos. Entre otras visitas instructivas, mencionaré: la girada al *Museo de Historia Natural*, donde conocí al modestísimo cuanto sabio naturalista D. Ignacio Bolívar; la consagrada al Laboratorio de Histología de San Carlos, dirigido por el benemérito Dr. Maestre, y cuyo ayudante, el Dr. López García, mostróme las últimas novedades técnicas de Ranvier, de quien había sido



devotísimo y aprovechado discípulo; la dirigida a cierto *Instituto Biológico* particular, instalado en la calle de la Gorguera, en el cual trabajaban varios jóvenes médicos, entre ellos el Dr. D. Federico Rubio, y sobre todo D. Luis Simarro, recién llegado de París y entregado al noble empeño de promover entre nosotros el gusto hacia la investigación; y, en fin, la verificada al laboratorio privado del prestigioso neurólogo valenciano, quien, por cultivar la especialidad profesional de las enfermedades mentales, se ocupaba en el análisis de las alteraciones del sistema nervioso (asistido, por cierto, de copiosísima biblioteca neurológica), ensayando paciente y esmeradamente cuantas novedades técnicas aparecían en el extranjero. Fue precisamente en casa del Dr. Simarro, situada en la calle del Arco de Santa María, 41, donde por primera vez tuve ocasión de admirar excelentes preparaciones del método de Weigert-Pal, y singularmente, según dejo apuntado, aquellos cortes famosos del cerebro impregnados mediante el proceder argéntico del sabio de Pavía.

A mi regreso a Valencia decidí emplear en grande escala el método de Golgi y estudiarlo con todo el tesón de que soy capaz. Innumerables probaturas, hechas por Bartual y por mí, en muchos centros nerviosos y especies animales, nos convencieron de que el nuevo recurso analítico tenía ante sí brillante porvenir, sobre todo si se encontraba manera de corregirlo de su carácter un tanto caprichoso y aleatorio. El logro de una buena preparación constituía sorpresa agradable y motivo de jubilosas esperanzas.

Y Cajal añade en nota a pie de página:

A estas veleidades de la impregnación cromo-argéntica se debió, sin duda, el que Simarro, introductor en España de los métodos y descubrimientos de Golgi, abandonara desalentado sus ensayos. En carta suya de 1889 me decía: «Recibí su última publicación sobre la estructura de la médula espinal, que me parece un trabajo notable, mas no convincente, a causa del método de Golgi, que aun en sus manos de usted, que tanto lo ha perfeccionado, es, más que demostrativo, un método sugestivo». Por seguro tengo que si mi ilustre amigo hubiera examinado mis preparaciones de la médula espinal, ganglios, cerebelo, etcétera, habríase plenamente convencido de las excelencias de la técnica golgiana y de la exactitud absoluta de mis descripciones.

Más adelante en su texto Cajal vuelve a reconocer la deuda con Simarro:

En el caso mencionado el fruto logrado debióse enteramente al esfuerzo analítico insistente y á infatigable paciencia. Naturalmente, conforme suele ocurrir con todas las invenciones, mi modesto hallazgo partió de los hechos experimentales señalados por mis antecesores: de los ensayos de Fajersztajn, que me proporcionaron el uso del formol como coadyuvante reductor del ácido pirogálico; de la

fórmula colorante de Bethe, de quien tomé el líquido fijador (alcohol amoniacal) y, sobre todo, del proceder fotográfico de Simarro, punto de partida de mis investigaciones, y á cuyo autor se deben estos dos progresos cardinales: haber probado el primero la posibilidad de teñir las neurofibrillas con los compuestos argénticos y haber introducido en la técnica histológica los reductores fotográficos.

(*Recuerdos de mi vida*. Madrid: Imp. y Librería de Nicolás Moya: 1917, pp. 74-77 y 429)

Carta de Ramón y Cajal a Cortezo

... Oportuno y justo está usted al hablar de Simarro, que no ha sido apreciado en toda su valía por haberse dejado prender en las redes de la “institución libre”, uno de cuyos cánones sacrosantos consiste en estudiar y no escribir.

Yo procuraré siempre hacer justicia al que, discípulo de Ranvier, trajo de París la buena nueva de la histología, esparciéndola a los cuatro vientos y beneficiándonos a todos.

De su generoso magisterio guardo los mejores recuerdos y así, en mi autobiografía, procedí como con todos aquellos sabios a quienes debí el inestimable favor de una enseñanza práctica. Desgraciadamente, Simarro, que fue uno de mis íntimos amigos antes de las oposiciones, se apartó después un tanto de mí, aunque sin romper jamás del todo vínculos de compañerismo y confraternidad y murió sin haber leído mis ‘Recuerdos’ y sin saber lo mucho que yo le veneraba y quería (...)

Si yo hubiera podido forzar la consigna de sus carceleros le hubiera dicho que en España había algo más urgente y digno de su gran talento que presidir logias masónicas, defender anarquistas y afiliarse a un muriente y desacreditado partido republicano; volver por los fueros y el honor de la Raza a quienes todos los países civilizados califican de bárbara e ignorante.

Mostrar con hechos que podemos colaborar en la obra de la universal cultura; tal es la magna, la apremiante tarea que incumbe a los españoles ilustrados contemporáneos y futuros.

Las demás cosas (libertad de conciencia, socialismo y anarquismo, etc., etc.) queden pan los abogados políticos o los tribunos populares...

(Carta a Carlos María Cortezo, 8-VIII-1922, En *Santiago Ramón y Cajal. Epistolario*, edición de J.A. Fernández Santarén, Madrid: La Esfera de los libros / Fundación Ignacio Larramendi, 2014).



Pío Baroja

Pío Baroja (1872-1956), novelista y doctor en medicina, no ocultó nunca su rechazo a ser agrupado con los miembros de la llamada "generación del 98", en la que incluía a Simarro. También tuvo una compleja y borrascosa relación con Santiago Ramón y Cajal. Aquí presentamos cinco breves citas en las que Baroja, con su habitual tono atrabiliario, descalifica a los noventayochistas, a Luis Simarro y a Ramón y Cajal. Simarro, que sepamos, nunca le contestó. Ofrecemos finalmente el texto de una carta de Cajal a Baroja, en la que el histólogo deja clara su opinión sobre el novelista.

Los germanófilos

El espíritu aliadófilo en España es el puente de los asnos, es la forma de la vulgaridad general, rutinaria é infecunda; es la oratoria de Castelar, la literatura de Picón, la dramaturgia de Echegaray, la ciencia del doctor Simarro, el periodismo de Cavia. En las avanzadas de la francofilia no hay más que retórica.

(Nuevo tablado de Arlequín. Madrid: Rafael Caro Raggio, 1917, p. 227)

El optimismo de los eunucos

En un libro de consejos a los investigadores, de Ramón y Cajal, libro de una tartufería desagradable, este histólogo, que como pensador siempre ha sido de una mediocridad absoluta, habla de cómo debe ser el joven sabio, lo mismo que la Constitución de 1812 hablaba de cómo debía ser el ciudadano español. Sabemos cómo debe ser el joven sabio sereno, optimista, tranquilo... y con diez o doce sueldos...

(Juventud, egolatría. Madrid: Taurus, 1977, p. 36. Original, 1917)

La supuesta generación de 1898

Con 1898, época del desastre colonial español, yo no me encuentro tener relación alguna. Ni yo colaboré en ella, ni tuve influencia en ella, ni cobré ningún sueldo de los Gobiernos de aquel tiempo, ni de los que les han sucedido.

La verdadera gente de 1898 fueron los políticos Sagasta, Montero Ríos, Moret, Maura, Romanones, García Prieto y los escritores y artistas Galdós, Castelar, Echegaray, Valera, Núñez de Arce, Letamendi, el doctor Simarro, el pintor Pradilla, los

dramaturgos Sellés y Cano, los actores Calvo y Vico y hasta los toreros Lagartijo y Frascuelo.. Nosotros, no.

Toda aquella gente, la mayoría de una vanidad morbosa, de una megalomanía patológica, se declaró inmortal a sí misma, y España está llena de estatuas de hombres ilustres, de calles dedicadas a ellos, algunos de los cuales ya ni se conocen ni se saben quienes fueron.

(*Divagaciones apasionadas*, Madrid: Rafael Caro Raggio, 1923, pp. 27-28)

El canónigo Ostolaza

El doctor Simarro, que no era un águila, sino más bien una gallinácea de la psicología, se empeñaba una vez en decir, de manera categórica y dogmática, que al héroe le caracterizaban únicamente las ideas. Yo creo todo lo contrario; el héroe debe ser un producto de la calidad del sistema nervioso y de las secreciones internas.

(*Ahora*, 25 de febrero de 1934)

Pintores, escultores y músicos

En el estudio de Sorolla conocí al marqués de Viana, que era un andaluz listo, cuco, y que, al parecer, dominaba a Alfonso XIII. También vi al doctor Simarro, por quien Sorolla tenía una gran estimación, y que a mí no me pareció, después de oírle, nada extraordinario. No tenía más que ideas corrientes, vulgares y sin gran originalidad, y hablaba como si estuviera ofendido. Esta falta de entusiasmo hizo que Sorolla me mostrara cierto desvío, porque Sorolla creía en Simarro como en un oráculo.

Después me han dicho que Simarro hizo trabajos que estaban bien, sobre todo en histología del sistema nervioso, y que precedió en algunas investigaciones a Ramón y Cajal; pero, sin duda, era hombre descuidado, indiferente, y no publicó ninguno de sus estudios. Creo que de Simarro no hay más que el prólogo a un libro sobre el proceso de Ferrer, proceso que ni siquiera está completo, porque no se publicó más que una parte.

(*Memorias II. Desde la última vuelta del camino*. Barcelona: Tusquets Editores, 2006, pp. 182-183. Original, 1947)



Carta de Ramón y Cajal a Pío Baroja

Usted no me puede juzgar porque no me ha leído. Es como juzgar a Sócrates por tocar la flauta o a Catón por haber estudiado y aprendido de viejo el griego. Usted no ve el espíritu de los libros. Critica usted a Juan Jacobo sin fijarse que su título de gloria no es el *Diccionario musical*, ni el *Emilio*, ni siquiera el *Contrato social* -peligroso y lleno de ineptias- sino *Julia*, donde se revela un escritor admirable de exquisita sensibilidad y con un sentimiento de la naturaleza que los románticos imitaron después. Usted no ve que los libros de Plutarco tienen un sabor pedagógico (imitación de los héroes), mientras que Diógenes Laercio es un erudito, ramplón de estilo y que solo habló en los testamentos en contra de las debilidades de los astrónomos. En realidad, para conocer a Epicuro hay que leer el poema de Lucrecio. El resumen de Laercio es oscuro y deshilvanado. Tampoco ha comprendido Usted a Tácito ni a Suetonio.

Llama Vd. tartufismo a exponer reglas y consejos para la juventud, que ha merecido el aplauso (siete ediciones), y hacerlo como es razón, en estilo llano y comprensible. ¡Que no me revelo como pensador! ¡Para qué? Primero, sé más que nadie que no lo soy, y además, para estimular la voluntad de la juventud estudiosa (pues a ella se dirige el libro) ¿qué falta me hace a mí mostrarme filósofo? Fuera pedante e incongruente. ¿Es que se enfada porque no revelé yo allí ideas disolventes? ¡Pero hombre de Dios! ¿Cuándo ha visto Vd. que eso se pueda hacer en un discurso académico y ante compañeros, todos o casi todos fervientes católicos? De proceder como usted desea, el discurso no se hubiera escrito, o me lo habrían devuelto, y la causa del nacionalismo nada habría ganado.

Usted no es español. Con un cinismo repugnante trató Vd. de eludir el servicio militar, mientras los demás nos batimos en Cataluña, fuimos a Cuba, enfermamos en la manigua, caímos en la caquexia palúdica y fuimos repatriados por inutilizados en campaña, y luego, enfermos, tratamos de estudiar y trabajar para enaltecer a la Patria, no con noveluchas burdas, locales, encomiadoras de condotieros y conspiradores vascos, sino luchando con la ciencia extranjera a brazo partido.

Si yo fuera Gobierno, a los malos españoles como Vd. que cifran su orgullo y tienen a fruición despreciar los prestigios de la raza española, los condenaría a pena de azotes, y después a una desecación lenta pero continua, en Costa de Oro. Creo que así nos dejarían en paz.

(<http://www.elcultural.com/noticias/letras/Las-cartas-perdidas-de-Ramon-y-Cajal/7110>)

Roberto Castrovido

Roberto Castrovido relata la última visita a su amigo Simarro, poco antes de su fallecimiento. En ella enlaza la evocación de dos grandes valencianos: Simarro y Sorolla.

Roberto Castrovido Sanz (1864-1941), periodista y político republicano, fue varias veces diputado y director de medios como Vida Nueva o El País. Masón como Simarro, fue una de las personas más cercanas a D. Luis, colaborando con él en innumerables iniciativas políticas. Tras la muerte del doctor, le recordó constantemente en sus colaboraciones periodísticas, al punto de que puede ser considerado el “guardián de la memoria” del médico valenciano. Falleció en el exilio en México. No confundir con su hijo, el letrado y también exiliado en México, Roberto Castrovido Gil (1905-1982).

El periódico El Luchador (1913-1939) fue uno de los diarios de ideología liberal republicana más influyentes de Alicante. El periodista Carlos Esplá fue uno de sus fundadores y activo colaborador. La redacción fue destruida en 1938 durante uno de los bombardeos de la aviación franquista sobre la población civil y el diario desapareció pocos meses después.

Simarro y Sorolla

El gran pintor fue para el arte. Se sobrevive. Blasco Ibáñez en uno de sus discursos del Cabañal evocó la figura de Joaquín Sorolla y dedicó a la enfermedad actual que ha matado al pensador, al artista, muy melancólicas frases. Luis Simarro se muere. Tal vez cuando este artículo se publique haya muerto.

Uno al psicólogo y al pintor porque ambos son valencianos, (Simarro oriundo de Játiva, nació en Roma) porque ambos padecen al mismo tiempo flaquezas y miserias psicológicas. Simarro hijo de pintor, tiene amor a la pintura, Sorolla retrató a su amigo, analizando un tejido, una célula, un microbio con el microscopio. El cuadro es hermoso. Enaltece al pintor y nos deja la imagen del médico en la plenitud de su vida.

La contemplación del retrato frente a Simarro enfermo de dolencia incurable, me produjo honda emoción. Recordé al artista también gravemente enfermo y el psicólogo adivinó mi pensamiento, leyó en mis ojos. Temeroso de entristecerle dije no sé cuál tontería.

El enfermo tranquilo, estoico, sonrió y me apretó la mano. Con «Nuño Febrero» y Martínez Sol estaba. ¿Fue la última visita? ¡La última! Simarro no se ha levantado ya más. Ni se levantará, dice el médico, el doctor Medinabeitia su grande amigo.



Y no solo el retrato y la enfermedad del retratado y del pintor unió en mi apenado corazón ambos amigos, un recuerdo los enlazó también, el recuerdo de la gestión mancomunada que realizaron con Morote, don Francisco Giner de los Ríos, Sol, Ortega y otros (no cito más que a los muertos y a los dos moribundos) para conseguir del rey el indulto de todos los reos de Cullera, sin excluir uno. No solo el arte, la bondad enlazó a Sorolla y a Simarro.

Sorolla ha realizado su obra. A su inmortalidad, ya conseguida, poco importaba la pintura de unos cuadros más. Pero queda una duda. ¿No guardaría el cerebro del artista una concepción genial? ¿No habrá destruido la parálisis un cuadro no pintado, pero que sin la enfermedad hubiera sido? Infame es la hemiplegia como la navaja del ratero o del desalmado que rasga y destruye un cuadro célebre. Desvanecida esa posibilidad, Sorolla ha realizado su misión, Sorolla es, como pintor, inmortal.

Luis Simarro no obstante su edad 68 o 69 años, es científica, política, socialmente, un malogrado. Era joven en la vida pública: empezó para él en 1909. Avanzando fue siempre, era un hombre de izquierdas, como ahora se dice, de la lucida plaza de krausista (no lo era Simarro) de la aristocracia intelectual y ética de los salmeronianos. Hasta 1909 no salió a la plaza pública el doctor Simarro. Fue la represión inquisitorial y el fusilamiento de Ferrer para Simarro, lo que el tratado de París había sido para Costa: acicate, espolonazo, estímulo, impulsión y latigazo.

Simarro, con Medinabeitia y Galdós rompió el silencio cobarde con que España se hacía cómplice y encubridora de la criminal represión. Y escribió un libro, y asombró el vulgo mesocrático incapaz de comprender a los redentores, no obstante llamarse cristiano. Después del libro y del mitin de la Gran Vía, celebrado poco antes de la muerte de Canalejas, la buena gente decía: «Pero ese doctor está loco. Tiene fama y dinero, reputación y bonísimas relaciones, ¿quién se mete a redentor? ¿por qué se preocupa de lo que no le va ni le viene? Está loco»

Simarro formó la Sociedad de los Derechos del Hombre, fue elegido Gran Maestro de la Masonería, quiso variar el espíritu, la médula, el ser de la política nacional, procuró el indulto de Cullera, llevó al inolvidable Azcárate a Palacio y con Don José Fernando González puso la primera piedra del reformismo. Simarro durante los dos años anteriores a la guerra fue el político más influyente de España, no en la acepción usual que se da a la influencia sino en la abnegada idealista, patriótica que Simarro ejerció. Fue entonces una especie de poder moderador.

La guerra y lo que no es la guerra, frustraron su obra, pura por la intención, grande por el propósito.

Desengañado estaba hace años Simarro, como desengañados salieron Castelar y Costa.

Hubiera sido Simarro un diputado muy de su época, muy moderno. Y morirá sin haberlo sido. Por Valencia no fue diputado porque lo tacharon de reformista y de casi monárquico muchos republicanos y por Madrid no fue candidato porque los reformistas le consideraron casi republicano.

Todavía no hace el año que presidió el mitin de la Comedia encaminado a demandar el restablecimiento de las garantías constitucionales. Pronunció un discurso profundo y humorista de veras admirable.

¡Qué desgracia la invalidez de Simarro para la nación! Es una desgracia inmensa porque al hombre le quedaban cinco o seis años de vida activa, vigorosa y porque el hombre era necesario hoy más que nunca a la humanidad, al derecho, a la justicia, a España.

Desde el mitin que acabo de citar hasta ahora, la situación ha empeorado. Al crimen se responde con el crimen, con sangre pretende limpiar la sangre, España es una horda, la lucha, ni es de fieras, ni de locos, es de hombres malos, viles, criminales, España no es como se ha dicho un presidio suelto, es el patio de un presidio a la antigua, como el viejo de Santoña, como el de Burgos, como la cárcel de Sevilla la que tuvo el honor de albergar a Cervantes y Mateo Alemán. ¿Cómo no echar de menos al presidente insustituible, irremplazable de la Sociedad Defensa de los Derechos del Hombre? Ni deja su obra terminada, ni había terminado su vida, en lo moral de la vida psicológica, ni hay quien lo reemplace; malgrado se nos ha por todo esto el sabio y el bueno Luis Simarro.

Y basta; que parece funeral en vida, necrología anticipada, esto que quise fuera acento de dolor por la gravedad del Doctor, que aun lucha entre la vida y la muerte, sereno, resignado y estoico cual luchó por salvar a España de la más vil y afrentosa de las muertes.

(El Luchador, Alicante 30 de mayo de 1921)